

La Antártida, territorio de destino y esperanza

SERGIO A. ROSSI

Quiero felicitar, en nombre del Ministerio de Defensa, a Eugenio Facchin y a todos los organizadores del XX Encuentro de Historiadores Antárticos y el Foro de Educación Antártica. Asimismo, quiero destacar la iniciativa de la Universidad de la Defensa Nacional de colaborar como sede en esta edición. Nos hubiera encantado que fuera presencial, como hubiese sido presencial estar en la Corbeta Uruguay. Ya pasará la peste y podremos hacerlo.

Quiero agradecer también a todos los panelistas y a los autores de los tres libros que se presentaron en el marco de este importante evento, que resultan muy motivadores. Aprovecho para agradecerles, en particular, a mis amigos Rosana Bertone, diputada y ex gobernadora, y Daniel Filmus, Secretario de Malvinas, Antártida y Atlántico Sur, por compartir este momento con nosotros. Ambos jerarquizan institucionalmente el encuentro y muestran la importancia que nuestro país da, en todas las dimensiones y en todas las ocasiones, al continente antártico.

Al realizar estos encuentros, este grupo creciente de historiadores exhibe dos notas distintivas de la vocación por la Antártida: la pasión y la tenacidad; el amor por el destino y la persistencia en ese amor.

La Antártida hace evidente algo que a veces, en latitudes más benignas, se olvida o se pierde de vista: que son necesarias pasión y tenacidad –sostenidas inteligentemente y articuladas colectivamente– para alcanzar destinos perdurables.

La Antártida, como esta peste que vivimos ahora, le recuerda a la horda humana que lo que nos ha salvado como especie, lo que nos ha permitido llegar hasta hoy, no ha sido la competencia individualista sino la solidaridad cooperativa.

Las controversias sobre el descubrimiento de que nos habla Eugenio

Facchin, las reseñas uruguayas de Tabó y Pérez Morales, la toponimia brasileña y sus viajeros que recoge Barbosa, la cartografía de Hartlich, las anotaciones de Sobral cuya exégesis realiza Mary Tahan, la saga de Olezza que evoca Lucas Carol, Ushuaia y el camino al polo sur de Trezza, la mirada desde Australia –que con la de Sudáfrica completaría los puntos de vista desde la costa al extremo austral– son una cuidada selección de temas. La selección va desde recoger historias de viajeros, exploradores y pioneros hasta las polémicas sobre el descubrimiento, las toponimias y las perspectivas geopolíticas de distintos períodos de la historia reciente.

A ello se suman a la investigación sobre la presencia de la Antártida en algunas literaturas latinoamericanas, nos hablan de la importancia de los discursos.

Esos discursos y relatos se entrecruzan y se entremezclan en dos dimensiones: una vinculada a la universalización de la cultura humana, aspiración noble de la que también nos hablaba Perón, y otra tensionada por intereses y pujas entre grupos humanos, que no suponen una construcción virtuosa y generosa del destino de nuestra especie.

Hace 120 años, la Antártida era, para las literaturas populares que le prestaban atención, un territorio de frontera inalcanzable, de Ultima Thule, impregnada de aquella fe en el futuro que portaba el iluminismo positivista. Esa fe en el futuro del progreso tecnológico estalló y se disipó con la Primera Guerra Mundial.

En aquella época, la Antártida aparecía en algunas cartografías que se mencionan en este libro como terra incognita, como el África ecuatorial o el Amazonas; sectores en blanco en los mapas a los que no había llegado “la civilización”. Esos vacíos civilizatorios eran en realidad lugares que no habían sido incorporados a la lógica del mercantilismo capitalista, zonas que tienden a reaparecer ahora como bienes públicos globales, zonas ambientales reservadas para la ambición diferida del capital transnacional extractivista.

Creo que solamente en los mitos de Cthulhu, inventados por Lovecraft, la Antártida aparece como un territorio tenebroso. Despojada del iluminismo, la Antártida aparece a mediados del siglo XX como un nuevo destino promisorio, como frontera ya alcanzada y progresivamente vivible, como un sector del mundo todavía no contaminado. En

la década de 1950, la ciencia ficción introdujo el espacio exterior como imagen de frontera, que en la década siguiente, cuando yo era un chico, se encarnó en la Luna y la carrera espacial.

Aquellas imaginerías se han disipado, aunque reaparezcan ahora de manera tenue y publicitaria en clave de mercado turístico o de concesiones extractivistas otorgadas por bolsas de comercio, como aquellos títulos de concesiones que confería Carlos V, o las patentes brindadas a compañías de las Indias Orientales u Occidentales.

Reflexione alguien cómo y por qué la Antártida ha perdurado como territorio de frontera, de pureza virgen, de destino y de esperanza; como un sector del mundo en el que el ser humano tiene su última oportunidad de tratar bien a su ambiente, de recuperar una relación armoniosa como en el paleolítico, dotado ahora de un arsenal tecnológico inimaginable entonces, que bien puede agobiarlo con su peso como liberar su espíritu.

Asistimos a un momento de reconfiguración de los discursos en medio de una globalización que se nos quiere presentar como neutral, pero que está compuesta de algunos globalizadores y muchos globalizados a empujones.

La Antártida fue el último lugar de tierra firme que alcanzó nuestra especie. La horda de homínidos primitivos empezó una larga caminata desde el África Oriental que, tras cruzar Behring o el Pacífico, terminó hace unos 15.000 años cuando llegaron a ese territorio que gobernó mi amiga Bertone. Y se quedó ahí, en ese lugar tan al sur, mirando todavía más hacia el sur.

La geología parece sugerir que el camino de nuestra especie hacia la Antártida es latinoamericano. Y este encuentro, estos trabajos, esa imaginería que reseña Hartlich, apuntalan ese trayecto.

Trabajos como el de Cecilia Amenábar, sobre la custodia y la visibilización del patrimonio, terminaron de decidirnos para impulsar una idea que venía esbozando la licenciada Decándido en la UNDEF: una bienal de hábitat antártico.

Queremos brindar un espacio de reflexión periódica y convocar a empresarios, profesionales y artistas a volcar su ingenio para mejorar

la calidad de la tecnología humana que amplifica nuestra capacidad de habitar en este continente. Creemos que será un aporte más para sostener nuestro próximo siglo argentino en la Antártida que, siendo latinoamericano, se hará universal.